

## El cuervo

Una vez, al filo de una lúgubre media noche,  
mientras débil y cansado, en tristes reflexiones embebido,  
inclinado sobre un viejo y raro libro de olvidada ciencia,  
cabeceando, casi dormido,  
oyóse de súbito un leve golpe,  
como si suavemente tocaran,  
tocaran a la puerta de mi cuarto.  
“Es -dije musitando- un visitante  
tocando quedo a la puerta de mi cuarto.  
Eso es todo, y nada más.”

¡Ah! aquel lúcido recuerdo  
de un gélido diciembre;  
espectros de brasas moribundas  
reflejadas en el suelo;  
angustia del deseo del nuevo día;  
en vano encareciendo a mis libros  
dieran tregua a mi dolor.  
Dolor por la pérdida de Leonora, la única,  
virgen radiante, Leonora por los ángeles llamada.  
Aquí ya sin nombre, para siempre.

Y el crujir triste, vago, escalofriante  
de la seda de las cortinas rojas  
llenábame de fantásticos terrores  
jamás antes sentidos. Y ahora aquí, en pie,  
acallando el latido de mi corazón,  
vuelvo a repetir:  
“Es un visitante a la puerta de mi cuarto  
queriendo entrar. Algún visitante  
que a deshora a mi cuarto quiere entrar.  
Eso es todo, y nada más.”

Ahora, mi ánimo cobraba bríos,  
y ya sin titubeos:  
“Señor -dije- o señora, en verdad vuestro perdón imploro,  
mas el caso es que, adormilado  
cuando vinisteis a tocar quedamente,  
tan quedo vinisteis a llamar,  
a llamar a la puerta de mi cuarto,  
que apenas pude creer que os oía.”  
Y entonces abrí de par en par la puerta:  
Oscuridad, y nada más.

Escrutando hondo en aquella negrura  
permanecí largo rato, atónito, temeroso,  
dudando, soñando sueños que ningún mortal  
se haya atrevido jamás a soñar.  
Mas en el silencio insondable la quietud callaba,  
y la única palabra ahí proferida  
era el balbuceo de un nombre: “¿Leonora?”  
Lo pronuncié en un susurro, y el eco  
lo devolvió en un murmullo: “¡Leonora!”  
Apenas esto fue, y nada más.

Vuelto a mi cuarto, mi alma toda,  
toda mi alma abrasándose dentro de mí,  
no tardé en oír de nuevo tocar con mayor fuerza.

“Ciertamente -me dije-, ciertamente  
algo sucede en la reja de mi ventana.  
Dejad, pues, que vea lo que sucede allí,  
y así penetrar pueda en el misterio.  
Dejad que a mi corazón llegue un momento el silencio,  
y así penetrar pueda en el misterio.”  
¡Es el viento, y nada más!

De un golpe abrí la puerta,  
y con suave batir de alas, entró  
un majestuoso cuervo  
de los santos días idos.  
Sin asomos de reverencia,  
ni un instante quedo;  
y con aires de gran señor o de gran dama  
fue a posarse en el busto de Palas,  
sobre el dintel de mi puerta.  
Posado, inmóvil, y nada más.

Entonces, este pájaro de ébano  
cambió mis tristes fantasías en una sonrisa  
con el grave y severo decoro  
del aspecto de que se revestía.  
“Aun con tu cresta cercenada y mocha -le dije-  
no serás un cobarde.  
horrido cuervo vetusto y amenazador.  
Evadido de la ribera nocturna.  
¡Dime cuál es tu nombre en la ribera de la Noche Plutónica!”  
Y el Cuervo dijo: “Nunca más.”

Cuánto me asombró que pájaro tan desgarbado  
pudiera hablar tan claramente;  
aunque poco significaba su respuesta.  
Poco pertinente era. Pues no podemos  
sino concordar en que ningún ser humano  
ha sido antes bendecido con la visión de un pájaro  
posado sobre el dintel de su puerta,  
pájaro o bestia, posado en el busto esculpido  
de Palas en el dintel de su puerta  
con semejante nombre: “Nunca más.”

Mas el Cuervo, posado solitario en el sereno busto.  
las palabras pronunció, como virtiendo  
su alma sólo en esas palabras.  
Nada más dijo entonces;  
no movió ni una pluma.  
Y entonces yo me dije, apenas murmurando:  
“Otros amigos se han ido antes;  
mañana él también me dejará,  
como me abandonaron mis esperanzas.”  
Y entonces dijo el pájaro: “Nunca más.”

Sobrecogido al romper el silencio  
tan idóneas palabras,  
“sin duda -pensé-, sin duda lo que dice  
es todo lo que sabe, su solo repertorio, aprendido  
de un amo infortunado a quien desastre impío  
persiguió, acosó sin dar tregua  
hasta que su cantinela sólo tuvo un sentido,  
hasta que las endechas de su esperanza  
llevaron sólo esa carga melancólica  
de “Nunca, nunca más.”

Mas el Cuervo arrancó todavía  
de mis tristes fantasías una sonrisa;  
acerqué un mullido asiento  
frente al pájaro, el busto y la puerta;  
y entonces, hundiéndome en el terciopelo,  
empecé a enlazar una fantasía con otra,  
pensando en lo que este ominoso pájaro de antaño,  
lo que este torvo, desgarbado, horrido,  
flaco y ominoso pájaro de antaño  
quería decir graznando: “Nunca más,”

En esto cavilaba, sentado, sin pronunciar palabra,  
frente al ave cuyos ojos, como-tizones encendidos,  
quemaban hasta el fondo de mi pecho.  
Esto y más, sentado, adivinaba,  
con la cabeza reclinada  
en el aterciopelado forro del cojín  
acariciado por la luz de la lámpara;  
en el forro de terciopelo violeta  
acariciado por la luz de la lámpara  
¡que ella no oprimiría, ¡ay!, nunca más!

Entonces me pareció que el aire  
se tornaba más denso, perfumado  
por invisible incensario mecido por serafines  
cuyas pisadas tintineaban en el piso alfombrado.  
“¡Miserable -dije-, tu Dios te ha concedido,  
por estos ángeles te ha otorgado una tregua,  
tregua de nepente de tus recuerdos de Leonora!  
¡Apura, oh, apura este dulce nepente  
y olvida a tu ausente Leonora!”  
Y el Cuervo dijo: “Nunca más.”

“¡Profeta! exclamé-, ¡cosa diabólica!  
¡Profeta, sí, seas pájaro o demonio  
enviado por el Tentador, o arrojado  
por la tempestad a este refugio desolado e impávido,  
a esta desértica tierra encantada,  
a este hogar hechizado por el horror!  
Profeta, dime, en verdad te lo imploro,  
¿hay, dime, hay bálsamo en Galaad?  
¡Dime, dime, te imploro!”  
Y el cuervo dijo: “Nunca más.”

“¡Profeta! exclamé-, ¡cosa diabólica!  
¡Profeta, sí, seas pájaro o demonio!  
¡Por ese cielo que se curva sobre nuestras cabezas,  
ese Dios que adoramos tú y yo,  
dile a esta alma abrumada de penas si en el remoto Edén  
tendrá en sus brazos a una santa doncella  
llamada por los ángeles Leonora,  
tendrá en sus brazos a una rara y radiante virgen  
llamada por los ángeles Leonora!”  
Y el cuervo dijo: “Nunca más.”

“¡Sea esa palabra nuestra señal de partida  
pájaro o espíritu maligno! -le grité presuntuoso.  
¡Vuelve a la tempestad, a la ribera de la Noche Plutónica.  
No dejes pluma negra alguna, prenda de la mentira  
que profirió tu espíritu!  
Deja mi soledad intacta.  
Abandona el busto del dintel de mi puerta.  
Aparta tu pico de mi corazón  
y tu figura del dintel de mi puerta.  
Y el Cuervo dijo: Nunca más.”

Y el Cuervo nunca emprendió el vuelo.  
Aún sigue posado, aún sigue posado  
en el pálido busto de Palas.  
en el dintel de la puerta de mi cuarto.  
Y sus ojos tienen la apariencia  
de los de un demonio que está soñando.  
Y la luz de la lámpara que sobre él se derrama  
tiende en el suelo su sombra. Y mi alma,  
del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo,  
no podrá liberarse. ¡Nunca más!